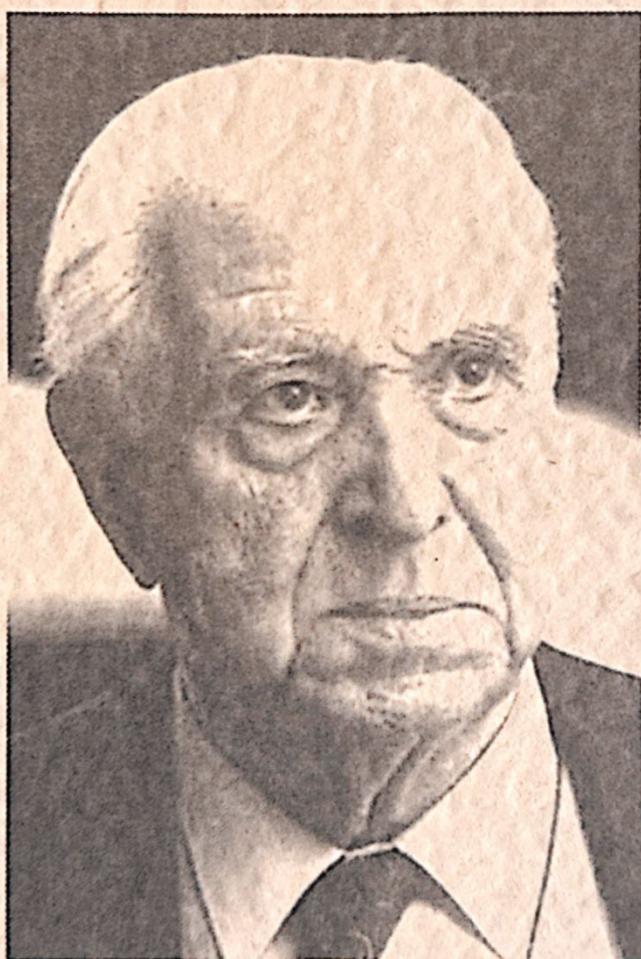


# LAÍN Y LA TRADICIÓN HUMANÍSTICA EN ESPAÑA



BIBLIOTECA DE HUMANIDADES  
FUNDACIÓN FERNANDO RIELO

© *Copyright* Rafael Fernández Hernández, Antonio Piñas Mesa,  
Juana María Rodríguez Gómez, Juan Manuel Díaz Torres, Juana Sánchez-Gey Venegas,  
Justo Hernández González, Luis Miguel Pino Campos, Jorge Manuel Ayala Martínez, José  
Arturo de Lorenzo-Cáceres Álvarez, Santiago Acosta Aide, M<sup>a</sup> Fernanda Lacilla Ramas

Derechos de edición reservados:  
**FUNDACIÓN FERNANDO RIELO**

I.S.B.N: 84-86942-79-9  
Depósito legal: M. 31.047-2011

Imprime: Lerkoprint, S.A.

Editorial Fundación Fernando Rielo  
Jorge Juan, 82 - 1º - 6 28009 Madrid  
Tf.: (34) 915 75 40 91 Fax: (34) 915 78 07 72  
Correo electrónico: [fundacion@rielo.com](mailto:fundacion@rielo.com)

**IMPRESO EN ESPAÑA — PRINTED IN SPAIN**

**LA DOCENCIA DE LA HISTORIA DE LA  
MEDICINA EN PEDRO LAÍN ENTRALGO:  
GLOSAS A LA *LECCIÓN PRIMERA*  
DEL CURSO ACADÉMICO 1956-1957**

*Justo Hernández González*

## 1. INTRODUCCIÓN.

La celebración académica en la Universidad de La Laguna del centenario del Profesor Pedro Laín Entralgo, auspiciada por esta Universidad, por la Fundación Rielo, y otras, me obliga a un doble y sentido agradecimiento. De una parte, por el homenaje en sí a este gran intelectual, sin olvidar, hecho no menos importante, que se une a los varios organizados por diversas instituciones académicas peninsulares. De otra, porque he sido invitado como ponente por el único mérito de tener el mismo oficio que Laín, esto es, de pertenecer como él al “mester” de maestría de la Historia de la Medicina. Este hecho, supone para mí, al mismo tiempo, un gran peso y un inestimable honor *-onus et honor-*, pues el *modus docendi* de don Pedro hace que no sólo sea un ejemplo y un referente irrenunciabiles sino que debo emularlo hasta donde mis fuerzas alcancen.

En este sentido, aupado en el luminoso altozano del magisterio lainiano, acabalgado simbólicamente en los hombros de don Pedro -varón de talla grande y no sólo moral- elaboraré una meditación -en sentido orteguiano- de su docencia de la Historia de la Medicina. Para ello, acudiré, entre otras fuentes, a los testimonios de mis dos maestros: Juan Antonio Paniagua, su primer discípulo y José María López Piñero, el más brillante.

## 2. LA HISTORIA DE LA MEDICINA COMO VOCACIÓN Y MISIÓN DE LAÍN.

La Historia de la Medicina, su dedicación completa a ella, fue la empresa principal de Laín. Lo explica con certeras palabras López Piñero: “La importancia de las contribuciones de Laín Entralgo en áreas menos especializadas -como la antropología filosófica y la historia de la cultura española- hace a menudo olvidar que la historia de la medicina constituye el centro de su actividad intelectual. Puede afirmarse incluso que ningún aspecto de su obra se entiende adecuadamente sin tener en cuenta su condición de cultivador profesional de los estudios histórico-médicos”<sup>1</sup>. En efecto, de ella, de la Historia de la Medicina, surgirán las demás actividades, tan ricas, tan valiosas, tan variadas.

Después de estudiar las carreras de Ciencias Químicas y de Medicina, Laín se sintió más inclinado por esta última. Concretamente, por sus aspectos teóricos. Esto se debió, en gran medida, al método que decidió emplear para su estudio. Se trató del método, sin duda, más apropiado, para esta visión especulativa de la medicina. Así lo indica el Profesor Albarracín meridianamente: “el arma fundamental de todos los estudios de Laín es su decisiva aceptación (...) del método comprensivo; frente al método explicativo propio de la ciencia natural, Laín intuyó muy pronto que era preciso utilizar otro camino: el método comprensivo, el famoso *Verstehen* diltheyano que conduce a las vivencias originarias que permiten esclarecer el conjunto de actos que han dado lugar a la exteriorización de un hecho”<sup>2</sup>.

De esta forma se fraguará la vocación de Laín: el estudio de la comprensión conceptual de la medicina y para esto, su acercamiento a ella con una perspectiva histórica, esto es, diacrónica, porque el ser de la medicina también incluye lo que ésta ha sido. Además,

---

<sup>1</sup> LÓPEZ PIÑERO, J. M. “El estudio histórico de la medicina”. *Cuadernos Hispanoamericanos*, 1987, 446-447, p. 335.

<sup>2</sup> ALBARRACÍN, A. “La condición humana de Pedro Laín Entralgo”. *Medicina & Historia*, 2001, nº 3, p. 2.

toda vocación lleva consigo una misión que don Pedro verá clara: impregnar los espíritus de los estudiantes de medicina y de los médicos de los contenidos teóricos y especulativos, es decir, contemplativos, que esta visión de la medicina conlleva. Los estudiantes de medicina y los médicos aprehenden de modo prácticamente inmediato las características y condiciones factivas de la medicina, su clara y necesaria practicidad; pero, les resulta difícil percibir su condición conceptual, teórica, esa realidad diacrónica que trasciende el espacio y el tiempo en el que esas personas que se aplican a la medicina se encuentran. He aquí la misión de Laín: el anuncio del presente histórico de la medicina. A ella dedicará una de sus armas más inmediatas y, sin duda, eficaz: su docencia.

Resume así don Pedro la tarea de su vocación: “desde que comencé a enseñar regularmente Historia de la Medicina ha sido constante propósito mío lograr que mi docencia fuese a la vez formativa e interesante; que contribuyese a que los estudiantes de Medicina y los médicos entiendan mejor, más clara y profundamente, las materias integrantes de su formación universitaria o de su práctica profesional, y que el contacto intelectual con esa peculiar vía de acceso al saber -la histórica, complementaria de las que generalmente son tenidas por principales: la inspectiva, la estadística, la experimental, la especulativa- atrajese en alguna medida la curiosidad de cuantos ven en el quehacer médico algo más que una actividad atosigante o lucrativa”<sup>3</sup>.

### 3. PEDRO LAÍN COMO DOCENTE.

En un texto, que bien puede clasificarse como legatario, describe Laín cómo entiende su propia enseñanza de la Historia de la Medicina. En un epígrafe titulado *Mi futuro como docente*, don Pedro confiesa que le gusta la enseñanza: “me gusta enseñar, y tanto a los que no pasan de ser alumnos como a los que, rebasan-

---

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 12.

do el nivel, llegan a ser discípulos o podrían llegar a serlo”<sup>4</sup>. Un poco más adelante escribe sobre los motivos por los que se enseña; siendo el primero de ellos la realización de la vocación, el segundo la propia enseñanza y el tercero la experiencia antropológica de la relación amistosa entre docente y discente: “uno puede enseñar para realizar adecuadamente su vocación personal, para transmitir a otros lo que sabe y piensa y para descubrir por sí mismo la sutil experiencia en cuya virtud uno se hace amigo o confirma su amistad con quienes como discípulos le escuchan”<sup>5</sup>.

Sin lugar a dudas, esa amistad profesor-alumno que algo o mucho de analogía guarda con la relación médico-enfermo que tanto estudió Laín, debe ser remarcada. No se trata de un mero presupuesto teórico, de una frase más o menos bonita. Son muchos los testimonios que aquí podría aducir al respecto. Baste con el del Profesor Albarracín. Después de haber recibido algunas clases de don Pedro “un día se acerca al profesor en busca de consejo, de orientación futura para su tesis doctoral; el paso es difícil porque ese mismo alumno recuerda la experiencia, próxima aún, de otro eminente catedrático -hoy ya fallecido- a cuyo domicilio acudió en ocasión para él decisiva. Desde la misma puerta de entrada hubo de oír la voz del maestro, que, en tono irritado, negaba su casa para la entrevista, aplazándola para otro día en la sala del Hospital o en el aula. He aquí el alumno frente a Laín; ¿cuál fue su acogida? Y sucede lo inesperado: éste, con acento que recuerda más al camarada que al *dómine*, le cita inmediatamente en su domicilio de la calle de Lista, donde aquella misma tarde conversan en la soledad de un salón y queda decidida la vocación del alumno. Pasan unos meses; el futuro doctorando ha de renunciar por unos días a seguir el curso de Historia de la Medicina, aquejado de una afección que le impide abandonar el lecho. Una noche suena el teléfono: le llama Pedro Laín; se interesa por los mo-

---

<sup>4</sup> LAÍN, P. *Hacia la recta final. Revisión de una vida intelectual*. Madrid: Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 1998, p. 390.

<sup>5</sup> *Ibidem*.

tivos que le alejan de la asistencia a clase, única relación que hasta entonces mantienen entre sí”<sup>6</sup>.

Describe así Laín esa particular experiencia amistosa que surge en, con, o a través de la docencia: “todos los que enseñan por vocación conocen bien esa experiencia. Hablando a sus alumnos, y a través de minutos o de horas en que los rostros expresan indiferencia o distancia, acaso, tedio, llega un instante en que en el rostro, en los ojos de algunos puede el maestro ver o adivinar el súbito brillo de una chispa nueva. Es entonces cuando se ha producido esa convivencia en la autoposición y en la verdad... Sólo aquel que a través de esa chispa en la mirada del discípulo ha llegado a sentir tenuemente en su propia alma esta sutil, fugaz y frágil impresión de eternidad -una de las formas en que psicológicamente se revela “lo eterno en el hombre”, diría Max Scheler-, sólo ése sabe con personal certidumbre lo que en verdad es la vocación de enseñar, lo que “no pasa” en el ser discípulo, lo que siempre perdurará en el recuerdo de quienes vivieron tal experiencia”<sup>7</sup>.

Mas algún lector avezado podrá responder: “todo esto está muy bien, pero ¿tenía Laín un número significativo de oyentes? ¿eran seguidas con interés y aprovechamiento sus clases?”. A la primera pregunta debo responder que si el número no era grande cuantitativamente, sí lo era, sin duda, cualitativamente; a la segunda, decididamente sí. La razón estriba, como veremos con detalle más adelante, en que las clases gozaban de una exquisita preparación. Por otra parte, a la primera pregunta “Laín Entralgo siempre ha dado una ejemplar y optimista respuesta: ‘el talante universitario se demuestra dando clase ante unos bancos vacíos’”<sup>8</sup>.

---

<sup>6</sup> ALBARRACÍN, A. “La persona de Pedro Laín”. *Asclepio*, 1966-1967, XVIII-XIX, p. 47.

<sup>7</sup> LAÍN, P. *Hacia...*, pp. 390-391.

<sup>8</sup> ALBARRACÍN, A. “Pedro Laín Entralgo”. *Cuadernos Hispanoamericanos*, 1987, 446-447, p. 67.

Lo dicho más arriba me obliga a discrepar del ilustre filólogo griego y gran amigo de Laín, Antonio Tovar, pues, con un tono excesivamente negativo para mi juicio, pero cierto, explica que: “ni aún como simple profesor Laín Entralgo ha sido aprovechado. Víctima de la rigidez de los planes, donde su especialidad es una asignatura que necesita aprobado, los miles de estudiantes se quedan en el pórtico. Llegados muchas veces sin curiosidad, sin preparación, sin saber apenas de lo que se trata, la materia se les queda en algo curioso y superficial. Tampoco tienen nuestras universidades cursos, como en otros lugares se estila, ‘para oyentes de todas las facultades’, ni un estudiante de una facultad irá a oír a un maestro de otra (eso ni aun cuando la materia, como química, biología, etc. sea la misma). Con sus anteojeras, sigue el estudiante el trillado camino de los ‘planes’, llevado por las riendas de la correspondiente orden ministerial. ¿Qué le dice la historia de la medicina al estudiante asendereado por las anatomías, las patologías y las quirúrgicas que guardan la llave del título? Tampoco otra facultad caerá en la cuenta de que un curso de antropología filosófica o tal vez un seminario de medicina griega para filólogos podría ser dirigido por un colega de muceta amarilla. Dejémosle la organización de todo a la Gaceta y dediquémonos a pegar bien las pólizas”<sup>9</sup>. En fin, a lo que parece, la docencia de Laín venía a ser una voz en el desierto.

Que esto no es exactamente así lo prueban los varios profesionales de la medicina con los que he hablado y que fueron alumnos de Laín; no exagero si digo que recuerdan aquellas clases con cariño. Pero acudiré también en este caso a otro ejemplo, el de Juan Antonio Paniagua que cuenta lo siguiente: “yo había llegado a Madrid en el otoño de 1945, provisto de una beca ‘Conde de Cartagena de Indias’, para elaborar una tesis en el Instituto de Medicina Experimental y para mejorar mi formación clínica en el Servicio hospitalario del doctor Marañón. Como también tenía que cursar las cuatro asignaturas del doctorado, asistí a algunas de las clases, en la escasa medida permitida por las restantes ocupaciones. No me importaba gran

---

<sup>9</sup> TOVAR, A. “Pedro Laín, universitario”. *Asclepio*, 1966-1967, XVIII-XIX, p. 23.

cosa tal limitación, salvo en el caso de la Historia de la Medicina: desde la primera vez que vi al profesor Pedro Laín Entralgo quedé subyugado por su enseñanza. El ambiente no podría ser más desfavorable: un aula enorme, polvorienta y destartalada del caserón de San Carlos, casi vacía, con unos cuantos oyentes que apenas si llenaban el primero de los desvencijados bancos. Pero, frente a tal desolación, un joven profesor daba su clase como si estuviera ante un auditorio numeroso y atento. Eran unas lecciones vivas, sugestivas, que manifestaban un saber hondo, bellamente expresado. Allí se fue despertando en mi interior la idea de que mi arraigada afición por la Historia podría integrarse en la profesión que había elegido, aunque sólo fuera como complemento de otras tareas”<sup>10</sup>.

Y, finalmente, esto mismo es corroborado y confirmado por el propio Laín: “sí, me gusta enseñar. He enseñado durante más de medio siglo, procuraré seguir enseñando y he tenido el hermoso privilegio de suscitar en algunos una vocación personal -su propia vocación- por lo que yo les he enseñado”<sup>11</sup>. Ahora bien, la modestia de don Pedro le hace decir elegantemente “algunos”, cuando realmente fueron muchos al cabo de los años.

#### 4. LA PROBLEMÁTICA DE LA DOCENCIA EN EL DÍA DE HOY.

Por todo ello, creo que no puede concebirse cabalmente la obra histórico-médica de Laín sin su docencia profesional (contraria a aficionada y con relevante capacidad y aplicación), profesoral (como desarrollo del ejercicio de su brillante profesorado), magisterial (que emerge de su profundización en la Historia de la Medicina) y magistral (realizada con maestría, con gran competencia).

La problemática de la docencia, en el día de hoy, procede de un error que puede acarrear consecuencias negativas: la asimetría en-

---

<sup>10</sup> PANIAGUA, J. A. “Don Pedro Laín Entralgo, profesor de historia de la medicina”. *Dynamis*, 2002, 22, pp. 496-497.

<sup>11</sup> LAÍN ENTRALGO, P. *Hacia...*, pp. 390-391.

tre docencia e investigación; en otras palabras, se insiste tal vez excesivamente en la importancia de la investigación. No cabe duda de que la tiene y mucha, mas no se cae en la cuenta, a veces, que la enseñanza de calidad de una ciencia es también, y no menos que su investigación, ciencia. Dicho error puede ser explicado, en cierto modo, por la desmesurada positivización que conlleva el ejercicio de la ciencia en la actualidad, dentro de un contexto marcadamente postmoderno. Tal positivización supone una primacía de la praxis frente a la teoría, es decir, frente a la pura contemplación de la realidad. Pienso, en cambio, que debe equilibrarse en la ciencia actual la tensión teoría-praxis.

Como ya se ha dicho, el método comprensivo de Pedro Laín, por su propia naturaleza, deberá dirigirse casi necesariamente y tender hacia los conceptos, hacia las teorías. Así, considero que el Profesor Laín Entralgo, siguiendo a Aristóteles en particular y a la mentalidad griega en general, defenderá que una de las realidades cimeras del pensamiento, del conocimiento es la teoría pura, el concepto abstracto. Por eso, una de las tareas que se propondrá Laín será la de tratar de enseñar a los estudiantes de medicina a abstraer, a conceptuar, a pensar en constructor o concepciones que forzosamente se apartan de la mera praxis médica de cada día. Precisamente, hay un adjetivo que don Pedro ha convertido en emblemático y es el de *practicón*; y lo emplea despectivamente para referirse a aquella persona diestra en una facultad, más por haberla practicado mucho que por ser muy docta en ella. Eso es precisamente lo que Laín quiere evitar a toda costa en los estudiantes de medicina y en los médicos, que sean simples practicones, algo así como meros mecánicos o técnicos -en el sentido vulgar de esta palabra- para los enfermos. Por eso, don Pedro dirá ya en 1943, citando a Víctor von Weizsaecker -el introductor del sujeto en la medicina- que *para el médico es el concepto un amor desgraciado, mas no una desgracia*<sup>12</sup>. Así lo entendía Laín, dedicando muchas de sus

---

<sup>12</sup> *Für den Arzt ist der Begriff eine unglückliche Liebe, aber kein Unglück.* LAÍN, P. "Discurso sobre el papel del médico en el teatro de la

mejores energías a aquellas clases de Historia de la Medicina en la Facultad de Medicina de la Universidad de Madrid.

## 5. EL AÑO 1956 EN LA UNIVERSIDAD DE MADRID.

Es bien sabido que después de la Guerra Civil, la Universidad se veía políticamente afectada por el nuevo régimen. Esta politización cuajó en la prohibición en octubre de 1955 de un Congreso Universitario de Escritores Jóvenes que para su organización en Madrid había contado con la aquiescencia del entonces rector de aquella Universidad, don Pedro Laín Entralgo. Tal prohibición supuso el punto de partida de un enfrentamiento entre los estudiantes partidarios del SEU y los no partidarios que culminó en un choque callejero entre ambos bandos el 9 de febrero de 1956, día del “estudiante caído, Matías Montero”, resultando gravemente herido un estudiante falangista, por lo que la Universidad Central fue cerrada el día 10. Pedro Laín dimitió como rector<sup>13</sup>.

¿Por qué dimitió? Porque vio palmariamente y, tal vez, de un modo ya definitivo, que su planteamiento integrador, que precisamente provenía de su método comprensivo, es decir, de su intento de comprender y de integrar a todas las personas -las cosas se explican, pero las personas se comprenden-, independiente de su ideología, en su proyecto intelectual común, ya no era compatible con su ejercicio político dentro del régimen. Ya en 1941, explicaba así su proyecto, su afán de mantener siempre “ese ímpetu por trabar y unir lo disperso en el pensamiento y en los hombres. Creo servir con ello al designio de mi generación española, tan arduo y espinoso en esta España nuestra, vieja, hendida y propensa a la

---

historia”. En: *Estudios de Historia de la Medicina y de Antropología Médica*. Madrid: Ediciones Escorial, 1943, p. 13.

<sup>13</sup> GRACIA, D. “Genio y figura de Pedro Laín Entralgo”. En: AA.VV. *La empresa de vivir. Estudios sobre la vida y la obra de Pedro Laín Entralgo*. Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2003, p. 27.

engallada bandería. Sirvo, en todo caso, al ser que Dios me dio, y ahí quiero encontrar límite y honra”<sup>14</sup>.

No es pues 1956 una fecha cualquiera, sin más, como otras, en la vida de Laín. El Profesor Paniagua recuerda aquellos momentos: “vinieron los acontecimientos políticos de febrero de 1956. Laín perdió su condición de Rector y se vio confinado en su domicilio. Cada uno de los componentes de nuestro grupo le manifestó como pudo su solidaridad -recuerdo la emoción de sus palabras, al agradecer mi llamada telefónica- y continuamos reuniéndonos sin él durante un tiempo, de un modo testimonial, hasta que él pudo reincorporarse. Estos avatares pudieron haber afectado a la celebración del XV Congreso Internacional de Historia de la Medicina que había sido convocado al calor de la relevante posición académica de Laín; pero, aun cuando ésta se hubiera perdido, la asamblea se celebró, con gran brillantez en el mes de abril de 1956”<sup>15</sup>.

Este año 1956 supone un viraje decisivo en el camino vital de don Pedro. Acaba de dejar el Rectorado, lo que supondrá que se dedique todavía más a la Historia de la Medicina. Por otra parte, está en la madurez, cuarenta y ocho años, lo que da no sólo ponderación y medida a su carácter sino también una sabiduría histórico-médica bien consolidada. En una palabra, se acentúa, si cabe hablar así, su comprensión docente y pedagógica. Por ello, sus clases de Historia de la Medicina durante el curso académico 1956-1957 serán distintas, especiales, nuevas.

Quiero traer aquí a colación un último apunte que muestra la calidad y el temple de don Pedro: “en *Descargo de conciencia* cuenta que, tras dejar el rectorado, en los meses de marzo y abril de 1956, comenzó la redacción de su libro *La espera y la esperanza*. Qué paradoja y qué maravilla, salir de una derrota meditando y escribiendo sobre la esperanza. Y añade: ‘trabajé en ella como un ne-

---

<sup>14</sup> LAÍN, P. *Medicina e Historia*. Madrid: Ediciones Escorial, 1941, p. IX.

<sup>15</sup> PANIAGUA, J. A. “Don Pedro...”, p. 501.

gro, como un chino, como un mulo”<sup>16</sup>. Qué bien se percibe que don Pedro fue durante toda su vida un pastor de esperanzas.

## 6. HISTORIA DE UN TEXTO *PRO MANUSCRITO*.

Hace más o menos un año, el Profesor Paniagua me enseñó una carpeta que contenía las transcripciones mecanografiadas de las clases impartidas por Laín durante el curso académico 1956-1957. Se palpaba paladinamente el enorme cariño no sólo discipular sino cuasifilial de aquél para con éste. Había custodiado la carpeta como fiel recipiendario durante medio siglo. “Yo mismo preparé los apuntes correspondientes al curso de 1956-1957”<sup>17</sup> dice Juan Antonio Paniagua.

El citado texto hace un desarrollo histórico de los saberes anatómicos y fisiológicos. Pienso que es fácil entender por qué comienza con la anatomía y la fisiología. Nos da la clave el Profesor Albarracín al referirse al método comprensivo lainiano: “en posesión de esta arma esclarecedora, lo primero a considerar, por supuesto, es su estudio de la morfología humana”<sup>18</sup>.

En esta evolución que el escrito recoge, junto con la “idea descriptiva” y los “supuestos básicos”, se manifiesta un hecho fundamental: el sobresaliente hiato que supone la separación entre la anatomo-fisiología antigua y la anatomía y fisiología modernas, importante aportación historiográfica lainiana.

Merece la pena consignar aquí cómo describe esta importante hendidura epistemológica José María López Piñero: “una renovación metodológica semejante significó el artículo *Fisiología antigua y fisiología moderna* (1947). Apoyándose explícitamente en los planteamientos de Xavier Zubiri en torno a la *episteme* clásica

---

<sup>16</sup> GRACIA, D. “Genio...”, pp. 27-28.

<sup>17</sup> PANIAGUA, J. A. “Don Pedro...”, p. 502.

<sup>18</sup> ALBARRACÍN, A. “La condición...”, p. 2.

griega y la ciencia de la primera modernidad, Laín caracterizó, como ‘dos modos de pensamiento fisiológico’ irreductibles entre sí, el ‘antiguo’ que culminó en la obra de Galeno y el ‘moderno’ que tuvo su punto de partida durante el siglo XVII. Su divergente condicionamiento sociocultural se manifestó, aparte de la distinta condición del propio conocimiento, en diferencias específicas de sus ‘supuestos básicos’ relativos a la visión del movimiento o cambio, de la naturaleza y de la causalidad”<sup>19</sup>.

Respecto al estilo que se refleja en el texto de las lecciones, el Profesor Paniagua explica que “no hay en estas lecciones esa precisión conceptual que se advierte en las conferencias de Laín, las cuales -como él declara- podían ser llevadas a la imprenta tal y como habían sido pronunciadas, pero precisamente es ese relativo desaliño lo que les da su labor. Hallamos aquí, no al pulcro orador que se hace escuchar de un público predispuesto, sino al profesor que ha de captar la atención de un alumnado que va a clase con cierta desgana, al pedagogo que ha de lograr que asimilen en sus mentes un pábulo tan diferente del acostumbrado. No se trata de una obra acabada, pero sí de una muestra -tal vez única- de un empeño docente, lleno de viveza y espontaneidad”<sup>20</sup>.

Pero existen apuntes de otros cursos impartidos por don Pedro. Con seguridad, se puede afirmar que se conservan los del curso académico 1960-1961. Ahora bien, pienso que los aquí referidos son más relevantes, pues presentan a un Laín “nuevo” descargado por vez primera de toda actividad que no sea histórico-médica y, además, en la plenitud de su madurez profesional. Por eso, los posteriores a éstos ya no tienen esa originalidad que muestra al Profesor Laín estrenando una docencia sin más obligaciones que su dedicación completa a la Historia de la Medicina.

---

<sup>19</sup> LÓPEZ PIÑERO, J. M. *Pedro Laín Entralgo y la historiografía médica*. Madrid: Real Academia de Medicina, 2005, p. 77.

<sup>20</sup> PANIAGUA, J. A. “*Don Pedro...*”, p. 504.

## 7. LECCIÓN PRIMERA: INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA DE LA MEDICINA.

Voy a glosar aquí la primera parte de la llamada *Lección primera*, pues en ella expone el Profesor Laín Entralgo qué entiende por Historia de la Medicina y da cuenta, a la vez, de los servicios que puede ésta prestar a los estudiantes de medicina. Seguiré el método siguiente: iré recogiendo los párrafos más significativos y a continuación de cada uno de ellos, analizaré las palabras nucleares que los conforman.

“Vamos a iniciar juntos, ustedes y yo, una doble y complementaria aventura nueva”. Así comienza Laín. Se ve que busca la precisión; ya hemos visto, que no se trata de la misma de las conferencias, mas sigue siendo preciso en su expresión. Y en este sentido, cuento con el testimonio de uno de los estudiantes de aquel curso: define a don Pedro como pulcro, esto es, delicado, esmerado en la conducta y en el habla.

Se trata de una “enseñanza por la palabra”, una Historia de la Medicina *ex auditu*. Palabras en forma de conceptos que van moldeando poco a poco el entendimiento de los oyentes. Es decir, palabras en el sentido de *logos* y palabras, además, a lo Heidegger, “la palabra como casa del ser”. Eso es, las palabras de Laín, son palabras bien pensadas y bien escogidas, que quieren expresar la realidad de las cosas a las que se está refiriendo. De ahí, que elija, que seleccione, adecuadamente las palabras, cuidando los tonos de la enunciación de éstas, en suma, practicando una oratoria agradable y atrayente.

Se aprecia también en Laín su visión de la Universidad, pues mantiene la definición clásica -*Universitas magistrorum et discipulorum*-, cuando dice “juntos, ustedes y yo”, la unión del profesor y de los alumnos en un proyecto intelectual común, tras una idea común. Además, el vocablo latino *universitas* significa también llevar un mismo camino, ir en la misma dirección: el profesor y el alumno siguen el mismo camino, recorren la misma senda. Lo expresará así el propio don Pedro: “enseñando el maestro y aprendiendo el discípulo ambos aprenden a convivir simultáneamente en la personal y compartida posesión de “una” verdad particular y de *la* verdad de

uno mismo, tal como la manifiesta la vocación: vocación de enseñar en el docente, vocación de aprender en el discente”<sup>21</sup>.

Pero estamos en el gran teatro del mundo con sus tramoyas, bambalinas y candilejas<sup>22</sup>, en el cual todos somos protagonistas en esta docencia-aprendizaje; aquí no caben, no hay, deuteragonistas. La empresa de la docencia de Laín conlleva -lo he dicho ya- la marcha por el mismo camino del profesor y de los alumnos. *Una doble y complementaria aventura*, ambos, Laín y sus alumnos, tienen su papel complementario en este gran teatro del mundo. Además, se da esa docencia como *aventura* -expresión de claro cuño orteguiano, en cuanto empresa que presenta riesgos-, como empresa de saber, como la de los conquistadores que persiguen ese saber. Pero Laín llama adjetiva esa *aventura* con el término *nueva*. ¿Por qué? Pienso que por dos razones: de una; porque toda aventura, por el mero hecho de serlo, es nueva, es adentrarse en algo desconocido que entraña un punto, al menos, de riesgo; y de otra, por el contenido de la asignatura de Historia de la Medicina era muy distinto de las restantes asignaturas médicas.

El nuevo plan de estudios que entonces se iniciaba, ponía a la Historia de la Medicina en el cuarto curso junto con las disciplinas clínicas básicas. Se trataba de un hecho de gran relevancia, pues don Pedro sostenía que de este modo se instalaba a la asignatura en el curso adecuado, a la vez que el estudiante comenzaba a enfrentarse con aquellas materias que constituían tanto una introducción como un fundamento de las asignaturas clínicas. Así, también la Historia de la Medicina se convertía *velis nolis* en materia tanto introductoria como básica en el nuevo currículo del estudiante de medicina que comenzaba aquel curso académico.

“Por mi parte, la de enseñar Historia de la Medicina según modo nuevo de concebirla, adecuado a su situación en el plan de estudios de la licenciatura, en el cuarto curso. Esto es: la Historia de la Medi-

---

<sup>21</sup> LAÍN, P. *Hacia...*, p. 390.

<sup>22</sup> LAÍN, P. “Discurso...”, pp. 13-14.

cina como introducción al estudio de los saberes médicos en sentido estricto”. Ya hemos visto, en el párrafo anterior, qué quiere decir Laín cuando se refiere a “según un modo nuevo de concebirla”. Pero ese “modo nuevo de concebirla” nos llevará a una consecuencia de especial importancia: “la Historia de la Medicina como introducción al estudio de los saberes médicos”; con otras palabras, se subraya la realidad isagógica, propedéutica de la Historia de la Medicina para aquellos que serán médicos; es decir, la Historia de la Medicina es medicina porque la medicina es su historia, su gran tradición en el tiempo y en el espacio, diacrónicamente considerada.

“Y por parte de ustedes, la aventura consistirá en acercarse a lo que yo les diga, espero que con el buen ánimo de encontrar en ello alguna orientación, algún fundamento, algún provecho para su estudio ulterior”. Insiste don Pedro en la “aventura”, en esa “aventura” del conocimiento, que tiene sus riesgos, sus dificultades.

Con la expresión “espero que” emerge aquí ese Laín que he catalogado antes como pastor de esperanzas -esperanza, palabra tan clave en su magisterio intelectual-, en este caso docentes.

Se trata, además, de que su docencia sirva de “orientación, fundamento”. El Profesor Laín Entralgo es aquí el guía. El que conduce al alumno acompañándole. Don Pedro eleva aquí el acompañamiento pedagógico a categoría antropológica. Laín orientador, sabio guardabosques, señalador de los claros del bosque zambranianos y heideggerianos, para impedir que los árboles de las diversas especialidades médicas eviten que los estudiantes vean en perspectiva el maravilloso bosque de la medicina. Orientador, con la clara finalidad de que los estudios médicos tan diversos, tan variados, tan complejos, no sean un laberinto para ellos, que no les conviertan en estudiantes errantes de medicina, como diría Paracelso. Y a la vez, Laín quiere ayudarles a fundamentar la medicina en su gran historia, sin la cual, sus estudios se derrumbarían como un castillo de naipes, faltos de referente, si agarradero alguno al cual poder acogerse.

*Para su estudio ulterior:* Laín pretende que la Historia de la Medicina sea el hilo conductor de esos estudios, que les proporcione la razón

histórica, la razón intelectual, ese por qué en el acto médico harán lo que harán; será la Historia de la Medicina en suma, de decir de Ortega, “como el hilo rojo que va por dentro de todo cordaje usado en la escuadra inglesa”<sup>23</sup>, siendo la maroma la propia medicina.

Don Pedro, además, emplea el “método de Jericó”, va dando vueltas -“la primera de mis siete vueltas en torno a la muralla”, dijo en una ocasión refiriéndose a sus investigaciones históricas sobre la historia clínica<sup>24</sup>- y vuelve a repetir. Reitera Laín los conceptos para que las ideas queden bien grabadas en las mentes de sus alumnos.

Hoy vamos a iniciar dentro de los estudios médicos españoles, una singular novedad; ésta en virtud de la cual, los alumnos de cuarto curso, al enfrentarse con las disciplinas fundamentales de la ciencia médica, a saber: la patología general, la farmacología y la anatomía patológica, en este justo momento, van a acercarse también al saber médico, desde el punto de vista de lo que este saber ha sido.

*Dentro de los estudios médicos españoles:* Se aprecia aquí la conciencia de la españolidad de Laín, de un sano y abierto patriotismo. Así, aplicará sin temor a la medicina el adjetivo de española. Habla de los estudios médicos españoles, porque todavía la medicina de ese momento en España seguirá recogiendo los frutos granados de la obra de Cajal, de Marañón, de Jiménez Díaz y de otros prestigiosos médicos españoles.

*Singular novedad:* don Pedro juega con la metafísica de lo nuevo, de lo que está por conocerse, esto es, vuelve a proporcionar a su docencia ese sentido arriesgado de aventura. Anima de este modo a los estudiantes para que asuman ese reto de entender la docencia

---

<sup>23</sup> TOMADO DE HERNÁNDEZ, J. “La psicología en la Weltanschauung orteguiana”. En: Lasaga, J.; Márquez, M.; Navarro, J. M. y San Martín, J. (Eds.), *Ortega en pasado y en futuro. Medio siglo después*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2007, p. 2.

<sup>24</sup> LÓPEZ PIÑERO, J. M. *Pedro...*, p. 78.

de la Historia de la Medicina como aventura, y se atrevan a adentrarse por sus caminos, enfrentándose a los posibles riesgos que pueden sobrevenirles al introducirse en la senda, nueva para ellos, de la Historia de la Medicina.

*Al enfrentarse con las disciplinas fundamentales:* para Laín la Historia de la Medicina es una disciplina fundamental, básica, necesaria para poder tener una concepción completa y global de la medicina. La Historia de la Medicina proporciona a los estudiantes los fundamentos históricos de la medicina, del mismo modo que las otras asignaturas les dotarán de sus fundamentos clínicos y quirúrgicos.

*Van a acercarse también al saber médico, desde el punto de vista de lo que este saber ha sido:* ésa es precisamente la definición de Historia de la Medicina para el Profesor Laín Entralgo: la aproximación histórica a la medicina o, con otras palabras, la perspectiva histórica de la medicina. Por eso hará suyas aquellas palabras de su gran amigo Xavier Zubiri: “el pasado, ciertamente, ya pasó y por lo tanto ya no es. Y sin embargo actúa en el presente... En lo que es hoy, en su presente, está incluido actualmente lo que fue su pasado. El tiempo no es pura sucesión, sino un ingrediente de la constitución misma del espíritu. La historia no es simple sucesión de estados reales, sino una parte formal de la realidad misma... Esto justifica la ocupación con el pasado: ocuparse del pasado es, en tal caso, ocuparse del presente. El pasado no sobrevive en el presente bajo la forma de recuerdo, sino bajo la forma de realidad”<sup>25</sup>. De este modo entiende Laín ese “saber médico, desde el punto de vista de lo que este saber ha sido”.

“La formación intelectual de ustedes como médicos, va a seguir según esto dos vías paralelas, y que yo quisiera que fuesen complementarias. Por una parte, van a acercarse ustedes a la Medicina según lo que ella es actualmente; esto es, según lo que enseña el con-

---

<sup>25</sup> ZUBIRI, X. *Naturaleza, Historia, Dios*. Madrid: Editora Nacional, 1974, p. 316.

tacto inmediato con las realidades a las que la Medicina dedica su atención; en contacto con la realidad del enfermo, les van a decir a ustedes cómo se ve, cómo se entiende, cómo se trata la enfermedad que ese hombre padece. Esto es lo fundamental, la línea esencial de los estudios médicos de ustedes”. La primera vía a la que se refiere Laín, es ver, entender, tratar “la enfermedad que ese hombre padece”. E insiste en que “esto es lo fundamental, la línea esencial de los estudios médicos”: don Pedro muestra que el sujeto y el objeto de la medicina -en sentido kantiano- es el hombre, es este caso, enfermo. Y por eso remacha que esto es lo fundamental, la línea esencial”. Aquí está el meollo de “la aportación de Laín a la docencia médica.

En efecto, la medicina es un humanismo, parangonando el famoso título sartriano -*L'existentialisme est un humanisme* (1946)-. Por eso todo médico es un humanista porque en la medicina busca al hombre y si no lo busca, no busca nada. En este sentido, Laín hablará siempre o casi siempre de Historia de la Medicina y Antropología Médica, en cuanto estudio del presente histórico del hombre enfermo; también éste es el sujeto y objeto de la Historia de la Medicina: el hombre enfermo en cuanto ser histórico.

“Voy a intentar mostrarles, no frente al enfermo, sino frente a los documentos del pasado, cómo ese enfermo ha sido visto, entendido y tratado por los médicos de la antigüedad, por los médicos cimeros, gracias a los cuales la Medicina es lo que es”. Laín sostiene que la medicina no se nutre o se surte sólo del enfermo actual, sino de los documentos que nos hablan del enfermo histórico y del médico histórico. Eso también es parte integral de la medicina de hoy. De este modo, el médico no sólo debe explorar al paciente actual sino los documentos del pasado que nos enseñan la medicina histórica, sin la cual, no puede existir la medicina de hoy.

“He aquí pues, el programa general de lo que va a ser este curso: dos vías paralelas hacia el conocimiento del saber médico; una según su realidad actual, y otra según lo que el saber médico ha sido en su pasado histórico”. Estas dos vías realmente van, caminan unidas. La medicina se compone, al decir de don Pedro, de dos realidades inseparables: la realidad actual y la realidad histó-

rica. Omitir o eludir esta última sería presentar una medicina bizqueante, coja e incompleta.

## 8. CONCLUSIÓN.

Esta introducción de la *Lección primera*, que acabo de glosar nos habla de esa docencia dialógica de Laín, esto es, ni monológica, ni polilógica; de esa idea antropológica -insisto- de acompañamiento pedagógico. Es como si don Pedro dijera a cada uno de sus alumnos: “yo no digo esta canción sino a quien conmigo va”; en suma, se trata de que el estudiante gracias al profesor pueda avizorar de ese modo, columbrar, atisbar, no ya la *episteme* de la medicina, sino sobre todo y ante todo la *sophia* de la medicina, la medicina como conocimiento sapiencial. La historia de la medicina será la encargada de hacer de la medicina una verdadera y auténtica *sophia*.

Así es, merced a la Historia de la Medicina, el estudiante de medicina, el médico, puede saber, saborear, recrearse en lo que la medicina ha sido, para descubrir lo que ésta es en la actualidad más real de nuestros días. En fin, apoyándome en la frase de Víctor von Weizsaecker antes citada, sostengo, siguiendo el magisterio docente de don Pedro, que la Historia de la Medicina estudia el concepto de la medicina históricamente. Por tanto, es imposible considerar la Historia de la Medicina desligada de la medicina misma -*History of Medicine without Medicine*-. Por el contrario, lo que Pedro Laín Entralgo nos viene a enseñar es una *History of Medicine within Medicine*, una Historia de la Medicina dentro de la medicina, incluida con pleno derecho en el currículo médico del siglo XXI.